

América: notas de viaje

Entre mayo de 1990 y abril de 1991, durante once breves —excesivamente breves— meses, me cupo el honor y la satisfacción, personal y profesional, de ejercer uno de los cargos más sugerentes, provocativos y desafiantes de la Administración española: el de Director General del Instituto de Cooperación Iberoamericana.

En tal condición viajé por toda América, descubriendo —siempre con asombro, frecuentemente con admiración, a menudo con dolor— la grandeza de su realidad.

Siguiendo una inveterada costumbre, en mis viajes —horas y horas de aeropuertos, horas y horas de avión— tomé infinidad de notas que, quizás, algún día podrían convertirse en un libro, del que estas páginas son un sencillo avance.

Son apuntes que corresponden a dos viajes. A dos países: Costa Rica y Paraguay.

Costa Rica

Vengo a buscarte, hermano, porque traigo el poema, que es traer el mundo a las espaldas.

(Jorge Debravo)

La carretera serpentea, sube que te sube, entre los cafetales.

El cafeto es una planta bella, atractiva. Los cafetos están, ahora, en su mejor momento: ubérrimos. Dan sensación de generosidad. Incluso de complicidad con aquéllos que, sin cafeína, somos incapaces de iniciar una jornada. Lo mismo da laboral que festiva. Sonríe con complacencia. Me alegra que la cosecha vaya a ser buena. Tengo garantizados mis amaneceres.

El café se introdujo en el país en 1808. Como tantos otros productos, vino de Cuba. El gobierno no dudó en poner tierras, gratuitamente, a disposición de los colonos que quisieran convertirse en cafetaleros. Lo hizo con mucha vista, porque el café supuso el primer despegue de Costa Rica hacia una economía desarrollista. En pocos años se pasó de un sector puramente artesanal, que transportaba las cosechas hasta los puertos a lomos de mulas, a un enfoque plenamente industrial del mismo, con un *boom* notable en 1850 que culminaba, en la última década del siglo, con la construcción del ferrocarril hasta Puerto Limón, desde San José y Cartago.

El café se complementará con el banano, que llega a Costa Rica en 1878, traído por los jamaicanos. Sólo treinta años después, se recolectan más de once millones de racimos.

Ambos cultivos —junto con la caña y el cacao— crearon una relativa burguesía campesina bienestante que tendrá mucho que ver con la estabilidad del país.

Coronando un puerto entramos en el Parque Nacional de Poás, de más de cinco mil hectáreas, refugio del volcán homónimo. La altura es de dos mil setecientos metros. El sitio está cuidadosamente conservado, con una serie de servicios turísticos que facilitan el acceso al espectáculo del que se dice ser el segundo cráter más amplio del mundo: un kilómetro y medio de diámetro.

Hay una cierta magia en el ambiente. Los nativos aconsejan ascender a la cumbre muy temprano. De no hacerlo así, se expone uno a no ver nada: una densa neblina suele inundar el paraje limitando notablemente la visibilidad. La luz, tamizada por el filtro neblinoso, da un color distinto a las plantas, a los árboles, a las flores. Hay un silencio denso que se quiebra con el esporádico canto —seco, casi hosco— de algún pájaro.

Andamos a pie el último tramo. La excusa de la altura nos hace caminar lentamente, como si vagáramos sin rumbo fijo; pero me temo que sea el encanto del lugar lo que retiene nuestra marcha, hasta que adecuamos nuestro paso a un ritmo en el que la prisa ha sido excluida por una fuerza superior. Huele a azufre. Un olor muy definido que me recuerda a Islandia.

El camino se cierra con el pretil de una rústica balconada que, teóricamente, da sobre el cráter. A nuestros pies, un amasijo de neblinas oculta el panorama. Evidentemente, hemos subido demasiado tarde.

Una afable anciana, cargada más allá de sus fuerzas con un capazo repleto de cocolas y sevenupes, nos cuenta que la última erupción del Poás data de 1955 y que «su lengua de fuego bajó hasta el valle».

La viejecita —que luce una preciosa trenza cenicienta— no parece tener demasiada clientela. Pero tampoco tiene el aire de que le importe en exceso. Se cuenta que, en una ocasión, un turista, compadeciendo a una mujer entrada ya en años que vendía cestos, quiso comprárselos todos. Sucedió esto a media mañana. Pero la vendedora le contestó: «Señor, si se los vendo todos, ¿qué voy a hacer el resto del día?». Toda una filosofía.

Decidimos volver sobre nuestros pasos, con la frustración del otra vez será. Pero la viejita nos retiene: «Esperen tantito, porque el día se va a abrir». Tantito, aquí, puede ser cuestión de horas. Nos damos un garbeo por los alrededores. Los caminos están bien balizados. Digamos que la magia es, aquí, incluso confortable; algo no muy común.

A la media hora, volvemos a la balconada. La anciana tenía razón: de repente, las nubes se van deshilachando y empezamos a entrever el fondo de la cazuela volcánica. Algún rayo de sol, que irrumpe tímidamente, da un especial encanto a la visión. Estamos solos. La viejecita, tras comprobar que le habíamos hecho caso volviendo, se ha ido sin que nos percatáramos de ello; con esa discreción teñida de sigilo tan propia de esas gentes.

El cuadro se aclara progresivamente. Guardamos un respetuoso silencio. Siempre he sentido una cierta emoción ante los espectáculos naturales de esta índole; como la sentí una noche —años ha— en Oslo, cuando alguien me despertó por teléfono, en una fría madrugada invernal, para decirme: «Sal al jardín: verás una aurora boreal». Y allí estaba.

Unos metros más abajo aparece un paisaje calcinado de círculos concéntricos, repletos de cenizas de bellísimos colores. El olor sulfuroso se hace más intenso a medida que la olla se va destapando.

De su centro emerge una tenue humareda blanca, casi papal, que —al abrirse las nubes— sube tiesa a las alturas. En el proceso de visión progresiva aparece un líquido verde, paliducho. Como del color del agua que se deja en una piscina descuidada durante el invierno. Pero aquí el líquido borbotea en un permanente hervor secular.

El cromatismo, dentro de los tonos pálidos, es de suma variedad: como el de un dibujo al pastel realizado en los más rigurosos cánones postmodernos.

Mis acompañantes —Aurora e Ignacio— me comentan que nunca habían visto el cráter tan claro. Sacamos unas fotos y deshacemos lo andado. En el aparcamiento, antes de subir al todoterreno, la viejecita nos sonríe. Le compramos unas latas con las que, camino abajo, acompañaremos el *gallopinto*, arroz blanco y frijol negro, a modo de los levantinos *moros y cristianos*.

Al cobrar se santigua con el billete y nos reconviene:

—Manejen despacio y que Dios les bendiga.

Un tercio de las tierras de Costa Rica es puro bosque. Costa Rica es esencialmente verde. Una vez más surge la tentación de caer en la comparación —por lo demás, errónea— con Suiza: un país que, en tierras americanas, es visto como *exótico*. No estoy seguro de que esto satisficiera excesivamente a un ciudadano de Winterthur... Por toda América se encuentra uno con restaurantes suizos, chalets suizos, chocolates suizos. Lo suizo es lo raro. Prueba de que todo es relativo.

Pregunté a un taxista que me llevaba al popular mercado de Borbón, de San José:

—Por favor, dígame unos cuantos nombres de frutas exóticas.

Tras pensarlo un buen rato, me respondió tímidamente:

—Manzana, pera, uva...

Los ecosistemas están aquí relativamente bien preservados, en esta sociedad que se proclama ecologista convencida. Dos buenas docenas de parques naturales albergan casi un millar de distintas especies de pájaros, gran diversidad de mariposas, coyotes, armadillos y reptiles. A uno de ellos específicamente, el Parque Tortuguero, acuden todo tipo de tortugas —verdes, carey, cahuamas o caballeros— para entregarse a la esforzada operación de desovar. Cuando, en otros países de la zona, el deshuevo de las tortugas propicia una insensata depredación, aquí se realiza con todas las garantías de seguridad y éxito. Los *ticos* están muy orgullosos de su especial deferencia hacia la naturaleza; un punto más que añadir a la lista de indicadores que les proclama como país distinto. Hablemos de ello.

San José sucedió en la capitalidad a Cartago, en 1823. Es una ciudad tranquila, como una villa provinciana. Trazada con escuadra y cartabón, no conserva, prácticamente, ningún edificio colonial. Las calles van numeradas; pares a un lado, nones al otro. Las cruzan avenidas. Todo tiene, en general, un fascinante aspecto tan destaralado como cordial. Se tiene la impresión de que todo puede resultar relativamente fácil. Como cuando la camarera le pregunta a uno en el *buffet* del desayuno:

—¿Le sirvo más café, *mi amor*?

Excelente forma de empezar el día.

La capital tiene un monumento único: el Teatro Nacional. Construido en 1897, acumula mármoles, frescos, estatuas y oropeles a destajo; algunos ya ajados, de absoluto corte viscontiano. Su *foyer* es notable. Los espejos venecianos, ligeramente picados, devuelven una imagen tranquilizadora a la sociedad local que utiliza el coliseo para los propósitos más diversos. El Teatro Nacional es el centro de la vida cultural, social y política de Costa Rica. Desde conciertos a banquetes de gala, pasando por inauguraciones de congresos internacionales. Allí cenaron nuestros Reyes en su segundo viaje a Costa Rica, ofreciendo ayuda española para restaurar el teatro, cuyas vigas iban flechándose progresivamente por la acción de una polilla vil, poco sensible a los fastos capitalinos.

España tiene un parquecito en San José, tímido e íntimo, con un buen vecindario: el Ministerio de Exteriores, conocido como la Casa Amarilla, por razones evidentes. No lejos está *Key Largo*, un divertido local para copas en el que la mala nota se mezcla, de la manera más natural, con honradas familias prolongando una boda o un bautizo, con los niños correteando inocentemente entre esculturales meretrices que hablan *dulce* y *quedito*. Dice la leyenda que el hoy tugurio fue, en tiempos, la Embajada de España. Uno puede entretenerse recorriendo sus salones, identificando el despacho del embajador, la recepción, el cuarto de cifra. Suena una rica salsa, sabrosa: como el ron que corre a raudales.

La doble imagen de una placidez, eso sí, sembrada de volcanes que, de vez en cuando, se sacuden su pereza milenaria con una voraz erupción, concuerda con la que puede ofrecer Costa Rica en el contexto de una América Central agobiada por una ardua conflictividad.

En medio de guerras civiles, de conflictos fronterizos, de complejas situaciones sociales, al borde de las ideologías, Costa Rica ha emergido entre sus vecinos con una distintividad muy peculiar.

Varios son sus rasgos:

En noviembre de 1989, los ticos celebraban cien años de democracia, algo que no menudea, desgraciadamente, entre los ciento setenta y pico países de la comunidad internacional. En una centuria, la regla democrática no ha tenido más que dos paréntesis. El primero, en 1917, cuando Federico Tinoco se hizo con el poder prescindiendo del presidente electo, Alfredo González. Tinoco no duró más de dos años, hasta las elecciones de 1919. El segundo, en 1948; después de unos comicios tumultuosos que